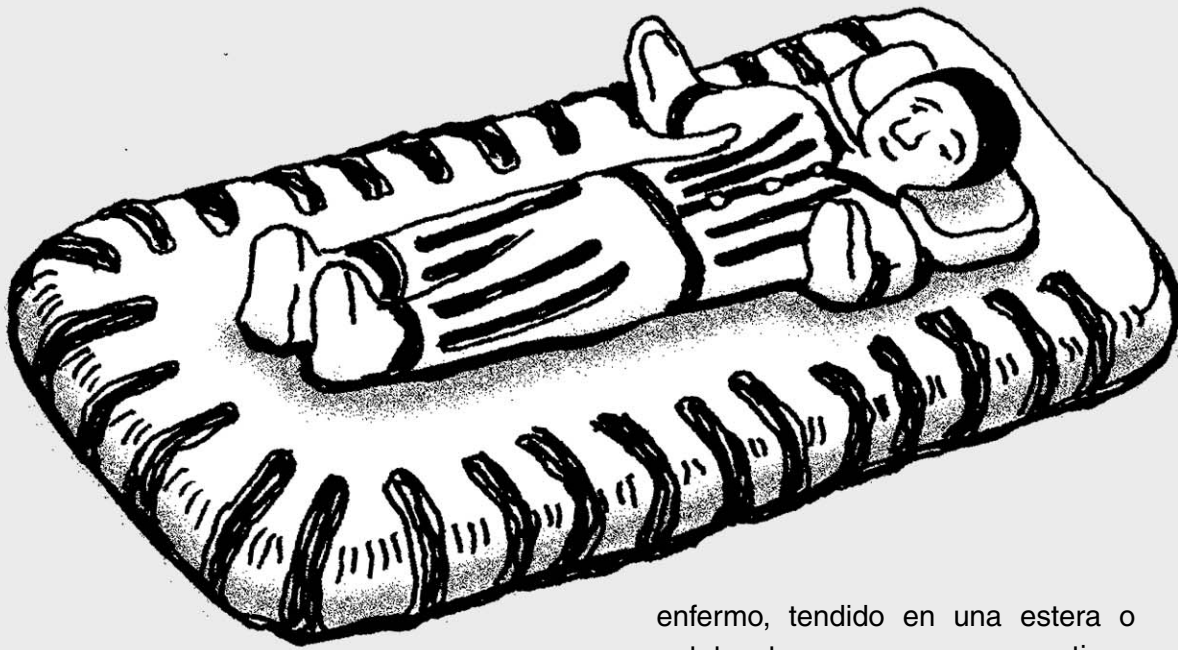


“MAL DE AIRE”



EN TLAYACAPAN, Morelos, se elaboran con barro juegos de figuras con los que se oficia para curar el “mal de aire”. Hay dos tipos de conjuntos: los que están decorados con rayas rojas sirven para curar a los niños y los que tienen rayas negras a los adultos.

Los juegos están integrados por 12 figuras. Una es la representación del

enfermo, tendido en una estera o petate; otra es una persona que tiene en sus manos una paloma, las demás representan diversos animales, entre otros, una paloma que sirve de silbato.

Todos los animales, menos la paloma, tienen amarrado con un estambre rojo un pequeño cigarro. El silbato y el humo de los cigarros pueden estar asociados con el aire. Doña Felipa Hernández Barragán, nuera de la oficiante que hacía las curaciones hasta 1949, año en que murió, cuenta su experiencia en relación con la sanación de su hijo.



“las hormigas dan de comer a los señores aires” o que “hay cosas que sólo la curandera sabe”.

Gracias a doña Felipa Hernández Barragán por su información.

Dibujo y fotografía de Marco Buenrostro

Agradeceremos que nos envíen datos acerca de las celebraciones que se realizan en su comunidad, así como descripciones de sus costumbres y tradiciones. También serán bienvenidos sus comentarios y correspondencia a: *La Jornada*, Av. Cuauhtémoc 1236, colonia Santa Cruz Atoyac, Benito Juárez CP 03310, sección Cultura, página Tradición y Cultura. buenrostromarco@gmail.com

CURAR CON LA PALABRA

LAS PLANTAS del jardín de doña Felipa eran atacadas por las hormigas; un día su hijo adolescente recogió majada de vaca con una hojalata y decidió sellar con ella los agujeros por donde salían las hormigas “cuatalatas”. Dos días después el cuerpo del joven presentaba por todos lados irritaciones que parecían azotes con una cuarta, tanto que su esposo le preguntó si no lo había golpeado.

EXPLICA que la oficiante le dijo que sanaría con una ceremonia para curar el mal de aire. Además de las figuras de barro, le encargó que preparara una ollita con mole verde de pepita de calabaza a la cual se le agregaron tres o cuatro hojitas de ruda y de santamaría, así como unos 10 tamalitos pasados de cal en la preparación del nixtamal, para que adquirieran un color amarillo especial.

SE COLOCÓ todo en una canasta que se roció con un buche de alcohol; al poner cada figura dentro, se bendijo. Dice: “llevé con la oficiante la canasta con la comida y las figuras al campo”; la mujer se hincó y las depositó sobre las piedrecillas de un hormiguero. Antes de iniciar sus rezos le pidió que se retirara un poco; se quedó junto a un tecorrall (cerca de piedra) y desde ahí observó la ceremonia. En el fondo del tecorrall

apareció un remolino como de más de una brazada; “pasó por enfrente de mí, dio la vuelta disminuyendo su grosor e intensidad y luego se acercó tanto que me tuve que repegar al tecorrall y el remolino se fue a rendir en el hormiguero”. Después de varias invocaciones y rezos, la oficiante terminó diciendo: “ya cumplimos con lo que ustedes querían, señores aires”. El joven sanó pronto.

CADA UNA DE LAS PIEZAS del conjunto tiene un valor simbólico que muestra la relación que existe entre la realidad y el mundo sobrenatural. También interviene en la curación un poderoso lenguaje ritual, lo que hoy llamamos logoterapia (cura por la palabra).

DOÑA FELIPA pronto cumplirá 96 años, su mente es clara y sus ojos brillan al platicarnos sus experiencias. De cuando en cuando hace una pausa para explicarnos algunas cosas, que “las hormigas dan de comer a los señores aires” o que “hay cosas que sólo la curandera sabe”.

ALFREDO LÓPEZ Austin señala que en la cosmovisión de los mexicas los hormigueros eran una de las conexiones con el inframundo. Se sabe también que las técnicas de los chamanes son tan efectivas como las de los psicólogos actuales; la esperanza de sanar suele depender de una buena relación entre el enfermo y el curador o médico.